

JOHN BEVERE

AUTOR DE *EL TEMOR DE DIOS*
Y *QUEBRANDO LA INTIMIDACIÓN*



¿ASÍ DICE EL SEÑOR?

*Cómo discernir cuando Dios nos
habla a través de otra persona*

*«Cuanto más pronto reconozcamos lo real,
menos vulnerables seremos a lo falso.»*

El ministerio profético verdadero - I

PARA IDENTIFICAR ADECUADAMENTE lo falso primero debemos bosquejar lo real. Un documental reciente en una de las mayores cadenas de televisión ejemplificó esto. El equipo de noticias recibió el reporte de que cierta cadena de joyerías estaba vendiendo piedras fabricadas, como si fueran preciosas, es decir, reales. Estas tiendas habían estado en el negocio por años, y una veintena de hombres y mujeres habían comprado lo que ellos creían eran piedras preciosas. Esos clientes no solo habían comprado piedras para ellos mismos, sino que también habían compartido sus tesoros con otros.

Nadie cuestionó la autenticidad de las piedras hasta que individuos expertos señalaron que eran fabricadas. Los equipos de noticias fueron a las tiendas con cámaras ocultas y, luego de varias semanas de investigación, expusieron el fraude.

¿Cómo engañaron estos joyeros a tantas personas? La respuesta

es simple. Lo falso se parecía mucho a lo real. No se percibía la diferencia a no ser que se tuviera un ojo adiestrado. Observé cómo un experto le enseñó a la periodista de televisión a identificar el engaño. Primero estableció el criterio de autenticidad. Le mostró cómo se veía una piedra preciosa real, bajo el escrutinio de un vidrio de aumento de alto poder. Luego le explicó qué buscar en la piedra falsa. Sin este adiestramiento, ella hubiera sido fácilmente engañada por falta de conocimiento.

Estos mismos principios se aplican para identificar si la profecía es falsa o verdadera. Cuanto más rápido reconozcamos lo real, menos vulnerables seremos a lo falso. Si nunca he visto un zafiro o una esmeralda real, puedo ser engañado fácilmente. Usted podría mostrarme una piedra verde y decirme que es un zafiro; yo no conocería que los zafiros en realidad son azules, así que no tendría razón para dudar. Usted hasta podría darme libros bosquejando las características de los zafiros verdes para llevar más lejos el engaño. En poco tiempo, yo sería resistente a las características de los reales. Esto explica cómo muchos son engañados por las sectas.

A la inversa, si sé que los zafiros son azules, inmediatamente rechazaría los de otro color. Cualquiera que fuera falso, por lo menos tendría que parecerse a un zafiro. Aun así, yo podría caer presa de cualquier joyero astuto con una buena imitación, como muchas de las que fueron extraídas de las joyerías en el documental de televisión. Pero, ¿qué sucedería si yo estuviera adiestrado? Entonces sería casi imposible engañarme, aun con la mejor imitación.

Nos fue dicho: «Toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para reprender, para corregir y para instruir en justicia» (2 Timoteo 3.16, NVI). Encontramos nuestro adiestramiento y guías necesarios en la Palabra de Dios. Cuanto más diestros nos convertimos en las Escrituras, más evidente y clara es la delineación entre lo verdadero y lo falso, lo correcto y lo incorrecto. La Palabra es nuestra salvaguarda contra el engaño.

Con mucha frecuencia somos como los clientes de esas joyerías, quienes gastaron su dinero en costosas imitaciones. Poseemos solo un conocimiento superficial de lo genuino. Carecemos de la sabiduría para separar lo precioso de lo que no tiene valor. Los ojos sin adiestramiento pueden fácilmente confundir la imitación con lo auténtico. Una profecía falsa con frecuencia parece real por comenzar con

un «Así dice el Señor...», seguida por la compasión por las heridas pasadas y el pronunciamiento de las «bendiciones» por venir; entonces usted está atrapado.

Definición de profeta

La primera mención de la palabra *profeta* en las Escrituras es una referencia a Abraham encontrada en Génesis 20.7. Dios advirtió a Abimelec: «Ahora, pues, devuelve la mujer a su marido; porque es profeta.» Cuando pensamos en Abraham, la primera descripción que nos viene a la mente no es la de un profeta. No pensamos de él como tal porque no lo vemos prediciendo eventos futuros, pero Dios lo vio como uno de ellos. Esto expone un concepto erróneo o limitación que tenemos sobre los profetas. Dejemos que las Escrituras nos den la verdadera descripción de un profeta.

En referencia a Abraham, la palabra hebrea para *profeta* es *nabi'*. Esta es la palabra más común utilizada para los profetas en el Antiguo Testamento; aparece más de 300 veces. Cuando un autor introduce un término usualmente lo define. (Si no lo hace la primera vez, entonces lo hace poco después.) En este caso, no es dada una definición clara de profeta la primera vez que Dios, el autor de las Escrituras, la usa. Pero aprendemos más de su significado en las siguientes apariciones.

La segunda mención de *nabi'* en las Escrituras nos da una visión general de su significado. En Éxodo 7.1 leemos:

«Jehová dijo a Moisés: Mira, yo te he constituido dios para Faraón, y tu hermano Aarón será tu profeta.»

La escena es inmediatamente después de que Moisés compartió su falta de habilidad para hablar claramente y afirmar que no podía aparecer ante Faraón como el portavoz de Dios (Éxodo 4.10-16). Aunque esto disgustó a Dios, nombró a Aarón (el hermano mayor de Moisés) como el representante de Moisés. Él explicó:

«Y él hablará por ti al pueblo; él te será a ti en lugar de boca, y tú serás para él en lugar de Dios.»

—ÉXODO 4.16, *énfasis añadido.*

Podemos obtener de estos dos pasajes la definición global de profeta. Moisés tenía el mensaje, pero Aarón era la voz. Dios dijo que Aarón sería el portavoz o profeta para Moisés. La definición se encuentra en sus funciones: *un profeta es aquél que habla por otro, o uno que presta su voz a otro*. El concepto de profeta como que predice el futuro es erróneo.

La definición básica de *nabi'* es apoyada nuevamente en su primera aparición en referencia a Jesús. Dios prometió a Moisés que, para su pueblo, «Profeta les levantaré de en medio de sus hermanos, como tú; y pondré mis palabras en su boca, y él les hablará todo lo que yo le mandare.» (Deuteronomio 18.18). Esto, por supuesto, se refiere a Jesús. Hebreos 1.1,2 reitera la función del profeta diciendo: «Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el hijo.» Nuevamente, el énfasis está en ser un representante o portavoz y no en predecir eventos.

Jesús mismo confirmó esto: «Porque yo no he hablado por mi propia cuenta; el Padre que me envió, él me dio mandamiento de lo que he de decir, y de lo que he de hablar» (Juan 12.49). La definición más clara de *profeta* es: «Uno que habla por otro.» Esto podría incluir predecir el futuro, pero esta lejos del verdadero énfasis de profeta.

Los profetas del Nuevo Testamento

Para definir a un profeta un poco más debemos examinar lo que el Nuevo Testamento tiene para decir. Las Escrituras registran que cuando Jesús resucitó de la muerte, Él estableció dones u oficios con el propósito de construir y fortalecer a su iglesia:

«Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo.»

—EFESIOS 4.11-13

Note que Jesús es el que nombra estos oficios. Una persona no elige ocuparlos. Es el llamado de Dios y debe venir a través de su

nombramiento. Trataremos esto en gran detalle en el capítulo 11.

Fjese que estos oficios no son dados hasta que el Cuerpo de Cristo llega a la unidad de la fe y del conocimiento de Jesucristo. Esto todavía tiene que suceder y no concluye con el paso de los apóstoles y profetas que aparecen en el Nuevo Testamento. Por lo tanto, el oficio de profeta todavía está vigente y es muy necesario.

Aunque muchos estarían de acuerdo con esto, es importante enfatizar que los apóstoles o profetas actuales ya no escriben o agregan algo a las Escrituras. El libro de Apocalipsis nos advierte que si alguno agrega algo a las palabras de las Escrituras, Dios traerá plagas sobre su vida. Y si alguien saca algo de las palabras de la Biblia, Dios quitará su parte del libro de la vida (Apocalipsis 22.18,19). Por lo tanto, cualquier cosa hablada ahora no debe contradecir en ninguna forma lo establecido en las Escrituras. Tal como Pablo dijo: «Si alguno os predica diferente evangelio del que habéis recibido, sea anatema» (Gálatas 1.9).

Por otro lado, Pedro nos exhorta: «¿Te sientes llamado a predicar? Predica entonces como si Dios mismo hablara a través de ti» (1Pedro 4.11, BD). Un profeta es el que tiene un mensaje de Dios para su iglesia. Como ilustración, mire a los mensajeros de un rey. Un monarca se comunica directamente con su pueblo a través de sus mensajeros designados. Es importante que los emisarios comuniquen en forma apropiada no solo las palabras del rey, sino también su corazón. El mensajero debe comunicar el mensaje como si el mismo rey lo estuviera haciendo.

Aunque el mensaje del profeta no debe contradecir las Escrituras, a veces puede traer uno que no esté confirmado por un capítulo y versículo. Este mensaje puede ser una palabra genuina de Dios. Un buen ejemplo de esto es la palabra que Agabo dio a la iglesia en Antioquía acerca de la gran hambre que vendría sobre la tierra (Hechos 11.27,28), o su advertencia a Pablo de que lo atarían y lo entregarían en las manos de los gentiles (Hechos 21.10,11). Es en estas áreas donde el engaño entra fácilmente en escena. Un falso profeta puede dar un mensaje individual o colectivo cuya autenticidad no pueda ser confirmada o supuesta por las Escrituras. Con frecuencia, este mensaje viene de su propia inspiración o de espíritus familiares. Si no son confrontados, estos mensajes o palabras proféticas pueden corromper al pueblo de Dios y hacerlos inútiles (Jeremías 23.16). La corrupción

o contaminación será explicada en detalle en el capítulo 5. Es mi oración que la verdad en este libro pueda advertirle, protegerlo o librarlo de esta clase de corrupción o contaminación.

Examinemos lo que las Escrituras revelan acerca del ministerio profético de estos postreros días.

Elías el profeta

«He aquí, yo os envío el profeta Elías, antes que venga el día de Jehová, grande y terrible. Él hará volver el corazón de los padres hacia los hijos, y el corazón de los hijos hacia los padres, no sea que yo venga y hiera la tierra con maldición.»

—MALAQUÍAS 4.5,6

La segunda venida de Cristo es el gran día de la ira del Señor. Jesús dijo que en ese día «lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria» (Mateo 24.30). Será un día terrible para aquellos que no lo aman y obedecen. Juan, el apóstol, recibió una visión de ese día y describió cómo ellos «se escondieron en las cuevas y entre las peñas de los montes; y decían a los montes y a las peñas: Caed sobre nosotros, y escondednos del rostro de aquel que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero; porque el gran día de su ira ha llegado; ¿y quién podrá sostenerse en pie?» (Apocalipsis 6.15-17).

Antes que este día llegue, Dios enviará a Elías el profeta. Este Elías que va a venir no es el Elías de 1 y 2 Reyes, volviendo a la tierra. El texto no se está refiriendo a un hombre histórico ni está limitado meramente a un hombre. Más bien esto describe el verdadero significado de Elías. Para explicarlo, la palabra *Elías* viene de dos palabras hebreas: *el* y *Yahh*. *El* significa «fortaleza o poder» y *Yahh* es el nombre sagrado del verdadero Dios, Jehová. Al unir las tenemos «el poder o fortaleza de Jehová, el Dios verdadero». Así que lo que Malaquías estaba diciendo es que antes del día del Señor, Dios enviará un ministerio profético en la fortaleza y poder del único y verdadero Dios.

Previo a la primera venida de Jesús, el ángel Gabriel se le apareció a Zacarías, el padre de Juan el Bautista, y describió el llamado que había sobre la vida de su hijo:

«Y hará que muchos de los hijos de Israel se conviertan al Señor Dios de ellos. E irá delante de él con el espíritu y el poder de Elías, para hacer volver los corazones de los padres a los hijos, y de los rebeldes a la prudencia de los justos, para preparar al Señor un pueblo bien dispuesto.»

—LUCAS 1.16,17

Juan era un profeta enviado en el espíritu y el poder de Elías para preparar el camino del Señor, precediendo la primera venida de Jesús. El significado de su mensaje y ministerio era hacer volver a Dios el corazón de los hijos de Israel. Al hacer esto, sus líderes ya no se servirían más a sí mismos sino al pueblo, y los desobedientes volverían a la sumisión a la Palabra y los caminos de Dios.

El mensaje de Juan puede resumirse en una declaración: «Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado» (Mateo 3.2). *Arrepentirse* significa un cambio de mente y corazón, no una simple acción. Las acciones de los hijos de Israel con frecuencia eran espirituales o religiosas, mientras que sus corazones se alejaban de Dios. Miles asistían a la sinagoga todo el tiempo, sin darse cuenta de la verdadera condición de sus corazones. Confiaban en el hecho de que eran descendientes del pueblo del pacto con Dios. Estaban confiados de su salvación y creían que estaban en buena relación con Dios. ¡Pero estaban engañados!

En su misericordia, Dios levantó un profeta, Juan, para exponer la verdadera condición de sus corazones al proclamar la palabra del Señor. Juan se dirigía a las multitudes que iban a bautizarse, más o menos en estos términos: «¡Hijos de víboras! ¿Creen que bautizándose van a escapar de la ira venidera? ¡No! Primero vayan y demuestren en la práctica que se han arrepentido de veras. Y no crean que se van a salvar porque son descendientes de Abraham. Eso no basta. ¡Aun de estas piedras puede Dios hacerle descendientes a Abraham!» (Lucas 3.7,8, BD).

Es interesante notar que este fue su mensaje a las multitudes que habían viajado horas por el abrasador desierto para escuchar su predicación y ser bautizados por él. Estos no eran ciudadanos satisfechos, quienes se burlaron de él y rechazaron las molestias de un viaje difícil a través del desierto para escucharlo. Juan no estaba interesado en ser popular. No aduló a los que habían ido a sus reuniones;

él ardía de pasión por ser fiel para declarar lo que Dios le había dicho. Era un profeta en el verdadero sentido. Esto es muy diferente de lo que experimentamos en el ministerio hoy día.

La unción de Elías en la actualidad

Juan el Bautista cumplió las profecías de Elías (hay otras como las de Isaías 40.3,4; Malaquías 3.1) precediendo a la primera venida de Jesús. Sin embargo, Malaquías profetizó que esa unción sería enviada precediendo al gran y terrible día del Señor, su segunda venida. Esto significa que hay dos clases diferentes de cumplimientos de la profecía. Jesús habló de esos dos cumplimientos a tres de sus discípulos.

Jesús llevó a Pedro, Jacobo y Juan a un monte alto. Allí se transfiguró delante de ellos. Su rostro resplandeció como el sol y sus vestiduras se hicieron blancas y radiantes. Moisés y Elías aparecieron y conversaron con Jesús. Mientras Él estaba hablando, una nube de luz los cubrió y Dios habló, diciendo: «Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a él oíd.» El temor de Dios abrumó a los discípulos y cayeron sobre sus rostros. Cuando miraron, estaban solos con Jesús.

Ahora era muy claro para ellos que Jesús era el Mesías tan esperado. Sin embargo, esto los confundió. Ellos habían escuchado a los escribas enseñar, del libro de Malaquías, que Elías vendría antes de que el Señor lo hiciera. Le preguntaron a Jesús acerca de esto, y su respuesta fue:

«A la verdad, Elías viene primero, y restaurará todas las cosas. Mas os digo que Elías ya vino, y no le conocieron, sino que hicieron con él todo lo que quisieron; así también el Hijo del Hombre padecerá de ellos. Entonces los discípulos comprendieron que les había hablado de Juan el Bautista.»

—MATEO 17.11-13

Jesús habló de dos Elías separados. Primero del Elías que está viniendo (tiempo futuro). Esto podría no haber sido una referencia a Juan, ya que a esta altura había sido decapitado (Mateo 14.1-12). Luego Jesús habló del Elías que ya había venido (tiempo pasado), al cual, claramente, Él identificó como Juan el Bautista.

Precediendo al retorno de Jesús, Dios nuevamente levantará un profeta ungido. Sin embargo, esta vez el manto no descansará sobre

un solo hombre, sino colectivamente sobre un grupo de profetas (Efesios 4.7-11; Apocalipsis 22.8,9). Estos profetas Elías proclamarán un mensaje similar al de Juan el Bautista, porque él será el tipo y precursor de estos profetas de los últimos días. Ellos buscarán a las ovejas perdidas o engañadas en la Iglesia, así como también harán volver a aquellos que se han ido ofendidos.

Muchos de los engañados aun ahora asisten a la iglesia y sienten que están listos para el regreso de Jesús. Igual que las multitudes en los tiempos de Juan el Bautista, se conforman asistiendo a sus iglesias, con la habilidad de hablar en lenguas o la fluidez de otros dones. Se sienten seguros de que Dios está obligado a aceptarlos porque un día oraron la oración del pecador, aunque todavía no se han sometido al señorío de Jesús. Solo obedecen cuando es conveniente o no entra en conflicto con su agenda. Si la obediencia al Maestro interfiere con sus placeres, en forma despreocupada ignoran su liderazgo, clamando «la gracia de Dios». Pueden creer que están justificados, pero, ¿lo están? ¿Podrían ser la Iglesia tibia que Jesús confronta en Apocalipsis, quien encuentra la confianza en una falsa gracia? (Apocalipsis 3.14-22). Desafortunadamente, esta condición se propaga mucho más por los falsos profetas y maestros, quienes les dicen que están en la relación correcta con Dios.

Los mensajes tibios han producido una multitud de convertidos durante las últimas décadas. Pero hay muchos quienes verdaderamente aman y temen a Dios, aunque pueden haber crecido un poco débiles. Parecen ser la minoría y no pueden entender dónde está la verdadera palabra del Señor, que penetrará el corazón de la Iglesia y nuevamente la hará íntegra. El mensaje de estos profetas Elías fortalecerán a aquellos que han perseverado en obediencia en una iglesia afligida. Sus palabras traerán nuevamente claridad a los propósitos de Dios para los tiempos finales de la Iglesia.

En el próximo capítulo examinaremos más de cerca el mensaje de un verdadero profeta, y por qué es tan desesperadamente necesitado hoy día.

*«Decirle a la gente lo que quiere oír
a expensas de lo que necesita oír,
debilita a la Iglesia.»*

4

El ministerio profético verdadero - II

EN EL CAPÍTULO anterior establecimos, a través de las Escrituras, que un profeta es un portavoz del Señor Jesús. También aprendimos acerca de la función de la profecía en los tiempos finales.

«He aquí, yo os envío al profeta Elías, antes que venga el día de ira, grande y terrible. Él hará volver el corazón...»

—MALAQUÍAS 4.5,6

Juan el Bautista cumplió la profecía de Elías para sus tiempos y anunció el tipo de unción profética que vendría precediendo la segunda venida de Jesús. El propósito de Juan era despertar a «la oveja perdida» de la casa de Israel, para prepararlos para la primera venida de Jesús. No había sido enviado a los paganos. El ángel Gabriel

describió el enfoque de su ministerio:

«Y hará que muchos de los hijos de Israel se conviertan al Señor Dios de ellos.»

—LUCAS 1.16

Esto corresponde con la descripción de la profecía en Malaquías: hacer volver los corazones a los caminos y la sabiduría de Dios. Hay un hilo común que corre a través del mensaje en casi cada profeta en la Biblia. Representa el corazón del llamado de ellos. Su énfasis puede resumirse en: «¡Vuélvanse al Señor con todo su corazón!» Aunque dicho en diferentes tonos, lugares y niveles de intensidad, cada profeta ardía con la pasión de ver al pueblo de Dios restaurado para caminar en los caminos de Él. Examinemos un muestreo de sus palabras, las que confirman ese hilo común.

Moisés

«Y te convirtiereis a Jehová tu Dios, y obedeciereis a su voz conforme a todo lo que yo te mando hoy, tú y tus hijos, con todo tu corazón y con toda tu alma.»

—DEUTERONOMIO 30.2

La misión completa de Moisés era llamar y liberar al pueblo de Dios de la esclavitud egipcia, para que pudieran experimentar la revelación de su Dios y servirle.

Samuel

«Habló Samuel a toda la casa de Israel, diciendo: Si de todo vuestro corazón os volvéis a Jehová, quitad los dioses ajenos y a Astarot de entre vosotros, y preparad vuestro corazón a Jehová, y sólo a él servid, y os librará de la mano de los filisteos.»

—1 SAMUEL 7.3

Isaías

«Vuélvete a mí, porque yo te redimí.»

—ISAÍAS 44.22

Jeremías, antes de la cautividad

«Si te volvieres, oh Israel, dice Jehová, vuélvete a mí. Y si quitares de delante de mí tus abominaciones, y no anduvieres de acá para allá.»

—JEREMÍAS 4.1

Después de la cautividad:

«Escudriñemos nuestros caminos, y busquemos, y volvámonos a Jehová.»

—LAMENTACIONES 3.40

Ezequiel

«Por tanto, di a la casa de Israel: Convertíos, y volveos de vuestros ídolos, y apartad vuestro rostro de todas vuestras abominaciones.»

—EZEQUIEL 14.6

Oseas

«Venid y volvamos a Jehová.»

—OSEAS 6.1

Joel

«Por eso pues, ahora, dice Jehová, conviértos a mí con todo vuestro corazón.»

—JOEL 2.12

Amós

«Pero así dice Jehová a la casa de Israel: Buscadme, y viviréis.»

—AMÓS 5.4

Zacarías

«Diles, pues: Así ha dicho Jehová de los ejércitos: Volveos a mí, dice Jehová de los ejércitos, y yo me volveré a vosotros, ha dicho Jehová de los ejércitos.»

—ZACARÍAS 1.3

Malaquías

«Desde los días de vuestros padres os habéis apartado de mis leyes, y no las guardasteis. Volveos a mí, y yo me volveré a vosotros, ha dicho Jehová de los ejércitos.»

—MALAQUÍAS 3.7

Todos los otros profetas

«Jehová amonestó entonces a Israel y a Judá por medio de todos los profetas y de todos los videntes, diciendo: Volveos de vuestros malos caminos, y guardad mis mandamientos y mis ordenanzas, conforme a todas las leyes que yo prescribí a vuestros padres, y que os he enviado por medio de mis siervos los profetas.»

—2 REYES 17.13

La idea clave de estos siervos era declarar el corazón de Dios a su pueblo punzando sus corazones para que ellos pudieran volver a Dios. Note que ese era el propósito *de todos sus profetas* enviados a Israel y Judá. Para cumplir esto tal vez hablaron de cosas por venir, o dieron alguna palabra personal a un individuo. Sin embargo, esto era un componente *menor* de su ministerio, lo cual ayudaba a realizar el *mayor*. Con mucha frecuencia somos engañados o llevados por mal camino por agrandar lo que Dios minimiza, mientras minimizamos lo que Dios magnifica.

Pareciera ser que el énfasis del ministerio profético actual está enfocado en lo «menor», el dar profecías personales y predicciones sobre el futuro. Hemos extraído nuestra definición de profeta de pasajes limitados y específicos, en lugar de dar un paso atrás para capturar el panorama total. Una perspectiva errónea de profeta ha dejado a la iglesia vulnerable al engaño. Lo falso o incompleto se convierte en algo más fácil de abrazar que lo real.

Mientras viajo por los Estados Unidos y el extranjero, mi corazón se aflige al escuchar a numerosos pastores y creyentes tratar a aquellos que están en el ministerio profético como adivinos. He tenido líderes preguntándome justo antes de que yo ministrara: «¿Está pensando darle alguna palabra a la gente después del servicio?» Por su tono, sé que están deseando que mi respuesta sea «sí». Aluden a que otros conferencistas «se han movido en la profecía», la gente lo disfrutó, y quieren que, de alguna forma, actué en forma similar. Ellos ofrecen tener casetes individuales para grabar «las palabras» para sus miembros.

Debajo de esta actitud hay una suposición de que yo puedo «prender» y «apagar» la unción profética, según me plazca. Citan pasajes de las Escrituras de que el espíritu de los profetas está sujeto a los profetas (1 Corintios 14.31). ¿Significa eso que los profetas ya no están sujetos al Espíritu Santo? El mensajero no determina lo que habla; él es solo un siervo o portavoz. Mi Biblia dice que el don de profecía opera «como él [el Espíritu] quiere» (1 Corintios 12.11).

Un pastor se quejó luego de que tuve los servicios de dos dominos seguidos: «No sé cuanta gente vendrá mañana, ya que usted no ha dado ninguna profecía personal.» ¿Se ha reducido al Espíritu Santo a un adivino, quien actúa para mantener a la multitud? Justamente había sucedido que en esos servicios Dios me había dicho que

hiciera frente a la insubordinación. No era un mensaje cómodo de entregar o de soportar. El pastor sentía la tensión y el conflicto, y estaba incómodo. Él se sentía mucho más cómodo con el ministerio profético que daba palabras de ánimo a todo el mundo.

A los dos años del mensaje que Dios me había dicho que entregara sobre la insubordinación, uno de sus pastores asociados, quien era considerado profeta, dividió la iglesia y se fue con muchos otros miembros para comenzar «una nueva obra» cerca, en la misma ciudad. Este pastor asociado había recibido toda clase de palabras positivas de parte de «profetas» que habían visitado la iglesia, y de profetas en conferencias fuera de la iglesia. Pero él tenía un corazón como el de Absalón, el hijo de David que se rebeló contra él. Rompió la relación con su pastor, a quien criticaba abiertamente. Regresé a esa iglesia unos pocos años después y ministré al pastor, pero me apena decir que el daño ya había sido hecho.

Decirle a la gente lo que quiere oír, a expensas de lo que necesita oír, debilita a la iglesia. Esto lleva a que la gente busque los dones y las manifestaciones, siendo negligentes en su búsqueda del carácter de Dios.

El ministerio profético que Dios está levantando en estos últimos días será como el de Juan el Bautista. Sus ministerios anunciarán los mismos llamados y advertencias que él. Estos profetas exigirán cambios; su misión principal será volver los corazones del pueblo de Dios nuevamente a su Padre. El mensaje estará acompañado de una fuerte convicción. Con frecuencia las palabras no parecerán «agradables». Su predicación golpeará las áreas endurecidas de nuestros corazones como un martillo rompiendo una roca. Mandarán, reprenderán, corregirán y exhortarán con toda autoridad, pero todo eso fluirá de un corazón lleno de amor por Dios y por su pueblo.

Sus palabras cortarán directamente al corazón, actuando como una espada que penetra a través del alma, para que los motivos del corazón puedan ser revelados. Aquellos que posean corazones llenos de ganancias y codicia arremeterán contra sus palabras. Aquellos que aman la verdad encontrarán sus corazones ardiendo con la misma pasión.

Estos profetas no buscaran las alabanzas o recompensas de los hombres. Solo desearán manejar fielmente la verdad que hace libres a los hombres. No serán comprados porque ya conocen al que los

recompensa. El poder, la popularidad o el dinero no influenciarán en sus palabras.

Ellos son los profetas Elías, quienes hablarán con oráculos de Dios. Ardiendo con fuego santo, sus palabras actuarán como hábiles misiles dirigidos, que tienen como blanco el corazón de los hombres. Sus estilos e intensidades pueden diferir, pero seguirán las mismas órdenes.

He estado sentado bajo tales ministerios; algunos proclamando en alta voz mientras que otros hablaban en tonos suaves. Algunos me hicieron reír, aunque estaba constantemente consciente de la convicción que me mantenía fijo a mi asiento. Con frecuencia temblé, pero todo el tiempo mi corazón anhelaba a Jesús. El común denominador era que sus palabras eran como flechas que daban en el blanco, mi corazón. Luego del servicio no podía esperar hasta estar a solas y buscar al Señor del mensaje. Había escuchado un llamado a la santidad en una nueva y fresca forma.

«Así dice el Señor...»

Equivocadamente, hemos limitado al profeta a uno que da profecías, palabras de ciencia y sabiduría, empaquetados a la forma en que los círculos carismáticos acostumbran a oírlos. Por el contrario, es muy posible que un profeta entre a un servicio y nunca diga un «Así dice el Señor...» y, aun así, todo su mensaje sea con palabras proféticas de ciencia y conocimiento. Con frecuencia no discernimos lo suficiente para reconocer la profecía si no nos es entregada con unos pocos «Así dice el Señor» o rimas asociadas. Dependemos de declaraciones como: «Escuché al Señor diciendo...», o «El Espíritu de Dios dice...» para estar seguros de que es Él quien habla.

Sin embargo, no hay ningún registro de Juan el Bautista, diciendo: «Así dijo el Señor...», y parece que se olvidó de dar profecías de ánimo personal junto con sus discursos públicos. También fue negligente en familiarizarse con el estilo para hablar en público de los fariseos. Él dio palabras proféticas a dos grupos: a los recolectores de impuestos: «No exijáis más de lo que os está ordenado», y a los soldados: «No hagáis extorsión a nadie, ni calumniéis; y contentaos con vuestro salario.» ¡Qué clamor tan diferente al actual! En nuestras reuniones escuchamos palabras como: «Así dijo el Señor: estoy trayéndote un esposo, y él tendrá dinero en una mano y ministerio en la otra.»

O: «Dios no quiere que trabajes... ¡Él va a tener gente que dé dinero para ti!» No, estas no son ilustraciones ficticias. Son palabras reales dadas en reuniones a individuos que yo conozco personalmente.

Estas palabras pueden haber sido atractivas a los individuos, pero, ¿son escriturales? ¿Fortalecen su caminar con Dios? ¿O hace, que vuelvan su enfoque sobre ellos mismos?

Juan el Bautista no dio ninguna profecía personal agradable que tuviera a modo de prólogo: «Así dijo el Señor...» De hecho, bajo las definiciones actuales, la iglesia hubiera tenido un tiempo difícil ubicando a Juan en un oficio ministerial. (Los fariseos acostumbraban a poner a la gente en categorías.) Posiblemente podría haber pasado como un evangelista, pero nunca como un profeta. Al limitar el oficio profético a lo que típicamente experimentamos en la iglesia actual o a la función menor de predecir eventos futuros o dar palabras personales, fácilmente nos perderemos lo que Dios traerá a través de sus profetas Elías.

¿Profeta del Antiguo o del Nuevo Testamento?

Están aquellos que pueden decir: «Juan el Bautista era un profeta del Antiguo Testamento. Su ministerio no se aplica a nosotros actualmente.» Si ese es el caso, entonces, ¿por qué Dios no agregó el libro cuarenta en el Antiguo Testamento y lo llamó «Juan el Bautista»? Observe lo que el Evangelio de Marcos tiene para decir:

«Principio del evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios. Como está escrito en Isaías el profeta: He aquí yo envío mi mensajero...»

—MARCOS 1.1,2

El mensajero era Juan el Bautista. Su ministerio está claramente definido como el comienzo del evangelio de Jesús. Se lo encuentra en los cuatro Evangelios. Más adelante Jesús lo deja absolutamente claro, al decir: «La ley y los profetas eran hasta Juan» (Lucas 16.16).

Note que Jesús no dijo: «La ley y los profetas eran hasta mí.» Nuevamente, en Mateo 11.12,13, Jesús dice: «Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora, el reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan. Porque todos los profetas y la ley profetizaron hasta Juan.» Fíjese que Jesús da referencia a que el lugar de comienzo del Reino de los Cielos se relaciona con el ministerio de Juan.

Usted puede preguntar: ¿Cómo escribe usted que el ministerio profético de los últimos días tendrá como patrón al de Juan el Bautista? Yo pensaba que la profecía del Nuevo Testamento era para «edificación, exhortación y consolación» (1 Corintios 14.3,4).

En respuesta, retornemos a las Escrituras y veamos lo que dice Dios acerca de la profecía de Juan.

En el Evangelio de Lucas encontramos el mayor detalle de la profecía de Juan. Él se dirigió a las multitudes que habían ido para escuchar y ser bautizados, como: «¡Hijos de víboras! ¿Creen que bautizándose van a escapar de la ira venidera?» (Lucas 3.7, BD) Entonces les advirtió que si no daban frutos dignos de arrepentimiento serían cortados y echados al fuego. Por eso dijo que Jesús estaba viniendo con su aventador en su mano, y que limpiaría su era, la cual representa a la casa de Israel (Lucas 3.17) ¿Llamaría usted edificantes a estas palabras proféticas? ¿Exhortan o traen consuelo? La mayoría respondería: «¡De ninguna manera!» Pero mire como Dios las juzga:

«Con estas y muchas otras exhortaciones anunciaba las buenas nuevas al pueblo.»

—LUCAS 3.18, *énfasis agregado*

Dios categoriza las profecías o predicaciones de Juan como exhortaciones. Esto no es lo que hoy día llamaríamos predicación exhortativa. Isaías también describe las profecías de Juan, pero no las llama exhortativas; en lugar de eso se refiere a ellas como ¡consolación! Él escribió:

«Consolaos, consolaos, pueblo mío, dice vuestro Dios. Hablad al corazón de Jerusalén, decidle a voces... Voz que clama en el desierto: Preparad camino a Jehová; enderezad calzada en la soledad a nuestro Dios.»

—ISAÍAS 40.1-3

¿Piensa que es posible que hayamos tenido un concepto deformado de edificación, exhortación y consolación? Si necesita más confirmación, ¡mire el mensaje profético de Jesús a las siete iglesias en Apocalipsis 2 y 3! Él le advirtió a una iglesia que si no se arrepentía la vomitaría de su boca (Apocalipsis 3.16). ¿Cuántos considerarían esta profecía como consolación?

Él describe otra iglesia: «Yo conozco tus obras, que tienes nombre de que vives, y estás muerto» (Apocalipsis 3.1). ¿Cuántos encontrarían edificantes estas palabras? Él continua diciendo: «Porque no he hallado tus obras perfectas delante de Dios ... Pues si no velas, vendré sobre ti como ladrón» (Apocalipsis 3.2,3). ¿Concuerdan las palabras de Jesús con nuestra perspectiva actual del ministerio profético?

A otra iglesia le dijo: «Recuerda, por tanto, de dónde has caído, y arrepíentete, y haz las primeras obras; pues si no, vendré pronto a ti, y quitaré tu candelero de su lugar, si no te hubieras arrepentido» (Apocalipsis 2.5). El candelero representa a la iglesia. Quitarlo de su lugar significa removerlo de su presencia. Si ellos no se arrepentían, podrían seguir teniendo sus servicios, reuniones de oración, conferencias proféticas, y mucho más, pero su santa presencia se habría ido.

Luego de haber alabado otras dos iglesias por sus servicios, rápidamente advierte a una: «Pero tengo unas pocas cosas contra ti» (Apocalipsis 2.14), luego procede a corregirlos. A la otra iglesia también le dice: «Pero tengo unas pocas cosas contra ti» (Apocalipsis 2.20) y los corrige.

Estas son cinco de las siete profecías dadas a siete iglesias. Estos mensajes no eran solo históricos sino que tienen aplicación a la Iglesia antes de la venida del Señor Jesucristo. Muy poco de lo que sucede en nuestras conferencias proféticas, reuniones o servicios actualmente se correlaciona con los patrones de profecía de Jesús o de Juan el Bautista. ¿Podría ser que seguimos otro modelo? ¿Hemos llegado a ser como los profetas en los días de Jeremías y Ezequiel, que profetizaban paz y prosperidad, mientras Dios procuraba llamar a su pueblo a que se volvieran hacia su corazón?